

3.º Domingo de Pascua A



*Señor, me enseñarás el sendero de la vida.
(Sal 15,11)*

Primera lectura

Hechos de los Apóstoles 2,14.22b-33

El día de Pentecostés, Pedro, de pie con los Once, pidió atención y les dirigió la palabra: "Judíos y vecinos todos de Jerusalén, escuchad mis palabras y enteraos bien de lo que pasa. Escuchadme, israelitas: Os hablo de Jesús Nazareno, el hombre que Dios acreditó ante vosotros realizando por su medio los milagros, signos y prodigios que conocéis. Conforme al designio previsto y sancionado por Dios, os lo entregaron, y vosotros, por mano de paganos, lo matasteis en una cruz. Pero Dios lo resucitó, rompiendo las ataduras de la muerte; no era posible que la muerte lo retuviera bajo su dominio, pues David dice, refiriéndose a él: 'Tengo siempre presente al Señor, con él a mi derecha no vacilaré. Por eso se me alegra el corazón, exulta mi lengua, y mi carne descansa esperanzada. Porque no me entregarás a la muerte ni dejarás a tu fiel conocer la corrupción. Me has enseñado el sendero de la vida, me saciarás de gozo en tu presencia'. Hermanos, permitidme hablaros con franqueza: El patriarca David murió y lo enterraron, y conservamos su sepulcro hasta el día de hoy. Pero era profeta y sabía que Dios le había prometido con juramento sentar en su trono a un descendiente suyo; cuando dijo que 'no lo entregaría a la muerte y que su carne no conocería la corrupción', hablaba previendo la resurrección del Mesías. Pues bien, Dios resucitó a este Jesús y todos nosotros somos testigos. Ahora, exaltado por la diestra de Dios, ha recibido del Padre el Espíritu Santo que estaba prometido, y lo ha derramado. Esto es lo que estáis viendo y oyendo".

Segunda lectura

1 Pedro 1,17-21

Queridos hermanos y queridas hermanas: Si llamáis Padre al que juzga a cada uno, según sus obras, sin parcialidad, tomad en serio vuestro proceder en esta vida. Ya sabéis con qué os rescataron de ese proceder inútil recibido de vuestros padres: no con bienes efímeros, con oro o plata, sino a precio de la sangre de Cristo, el cordero sin defecto ni mancha, previsto antes de la creación del mundo y manifestado al final de los tiempos por nuestro bien. Por Cristo vosotros creéis en Dios, que lo resucitó y le dio gloria, y así habéis puesto en Dios vuestra fe y vuestra esperanza.

Evangelio

Lucas 24,13-35

Dos discípulos de Jesús iban andando aquel mismo día, el primero de la semana, a una aldea llamada Emaús, distante unas dos leguas de Jerusalén; iban comentando todo lo que había sucedido. Mientras conversaban y discutían, Jesús en persona se acercó y se puso a caminar con ellos. Pero sus ojos no eran capaces de reconocerlo. El les dijo: – ¿Qué conversación es esa que traéis mientras vais de camino?

Ellos se detuvieron preocupados. Y uno de ellos, que se llamaba Cleofás, le replicó: – ¿Eres tú el único forastero en Jerusalén que no sabes lo que ha pasado allí estos días?

El les preguntó: – ¿Qué?

Ellos le contestaron: – Lo de Jesús el Nazareno, que fue profeta poderoso en obras y palabras ante Dios y todo el pueblo; cómo lo entregaron los sumos sacerdotes y nuestros jefes para que lo condenaran a muerte, y lo

crucificaron. Nosotros esperábamos que él fuera el futuro liberador de Israel. Y ya ves, hace dos días que sucedió esto. Es verdad que algunas mujeres de nuestro grupo nos han sobresaltado, pues fueron muy de mañana al sepulcro, y no encontraron su cuerpo, e incluso vinieron diciendo que habían visto una aparición de ángeles, que les habían dicho que estaba vivo. Algunos de los nuestros fueron también al sepulcro y lo encontraron como habían dicho las mujeres; pero a él no le vieron.

Entonces Jesús les dijo: – ¡Qué necios y torpes sois para creer lo que anunciaron los profetas! ¿No era necesario que el Mesías padeciera esto para entrar en su gloria?

Y comenzando por Moisés y siguiendo por los profetas les explicó lo que se refería a él en toda la Escritura.

Ya cerca de la aldea donde iban, él hizo ademán de seguir adelante, pero ellos le apremiaron diciendo:

– Quédate con nosotros porque atardece y el día va de caída.

Y entró para quedarse con ellos. Sentado a la mesa con ellos tomó el pan, pronunció la bendición, lo partió y se lo dio. A ellos se les abrieron los ojos y lo reconocieron. Pero él desapareció. Ellos comentaron: – ¿No ardía nuestro corazón mientras nos hablaba por el camino y nos explicaba las Escrituras?

Y levantándose al momento, se volvieron a Jerusalén, donde encontraron reunidos a los Once con sus compañeros, que estaban diciendo: Era verdad, ha resucitado el Señor y se ha aparecido a Simón. Y ellos contaron lo que les había pasado por el camino y cómo lo habían reconocido al partir el pan.

Meditación

Este relato constituye uno de los testimonios más profundos de la Pascua de Jesús en todo el nuevo testamento: el tema del "encuentro con Jesús". ¿Dónde puede realizarse?

1) Jesús no se encuentra en el destino de una guerra santa y victoriosa. Los caminantes de Emmaus habían confiado en Jesús como profeta y esperaban que sería el liberador futuro de Israel. Resurrección significaba para ellos el triunfo militar del pueblo, la victoria de los justos oprimidos, el orden nuevo de justicia y libertad sobre la tierra. A nosotros como a los discípulos nos ha espantado la tragedia de la cruz y su fracaso.

2) Jesús no sigue en su sepulcro. La resurrección de Jesús no se puede interpretar como una vuelta hacia el pasado. Cristianos son los que confiesan que el sepulcro de Jesús no ha sido su lugar definitivo. El lugar de Jesús está en la vida nueva que se acerca, en la esperanza que llena a los creyentes, en la transformación (transfiguración) del sufrimiento de la tierra. Por eso, encontrarle significa situarse en el camino de promesa y salvación que la palabra de Dios ha suscitado sobre el mundo.

3) El sentido de Jesús y las escrituras. Un caminante se acerca y les dirige su palabra al corazón. Toda la escritura, con su certeza sobre Dios, su dolor y su esperanza se ha venido a condensar en el camino de la cruz del Cristo. La misma vida humana ha recibido aquí su hondura y su sentido y se revela como tensión de dolor hacia la Pascua. Pues bien, en el sufrimiento del mundo, que ha sido asumido por el hijo de Dios, ahí está latente la resurrección que se aproxima.

4) En la fracción del pan. Los ojos de los discípulos están ya muy cerrados. Han escuchado demasiadas razones y nada puede convencerles. Sin embargo, cuando reparten el pan con el forastero y el forastero les devuelve el pan con su bendición se abren los ojos. Todo lo anterior se ha condensado en este rasgo: Jesús resucitado está en la eucaristía. Evidentemente, está escondido, pues cuando quieren fijar sus ojos y asegurarse de su presencia ya se ha ido. Pero está allí, como vida de los suyos que ilumina la aventura fracasada de Jesús y toda la marcha de la iglesia.

5) En los hermanos y en las hermanas. Los discípulos habían perdido a Jesús y se dispersan; dejan el grupo de los discípulos y vuelven, cada uno, a su mundo viejo, a sus ocupaciones pasadas, como si todo el asunto de Jesús hubiera sido un paréntesis de ilusión y de fracaso en el caminar de sus vidas. Ellos escapan, pero Jesús les sale al encuentro. Tienen que volver con sus hermanos. Su puesto está allí, en la edificación de la nueva comunidad de los discípulos de Jesús, en el testimonio y la misión de lo que saben. Por eso, apresuradamente, en medio de la noche, toman el camino del regreso. Han descubierto que Jesús resucitado está allí donde se encuentran los hermanos.

6) Se ha aparecido a Simón. La fe se arraiga en la experiencia de Jesús que cada uno de nosotros realizamos. No podemos dejar que sean otros los que "sientan" por nosotros, los que nos digan que Jesús resucitado es el sentido de la vida, está en el pan y en el amor de los hermanos y de las hermanas. Todo eso lo tenemos que experimentar cada uno de nosotros. Y, sin embargo, hay algo especial en el comienzo de la vida de la iglesia: sin la fe de Pedro y de los doce, el sentido de la vida y de la muerte de Jesús se hubiera perdido en el pasado, igual que se han perdido tantos grandes gestos de la historia. Pero Dios estaba con Jesús, y Dios mismo ha suscitado la experiencia creyente de los doce, haciendo así posible que los demás nos encontremos también con la Pascua de Jesús.

3.º Domingo de Pascua A



*Señor, me enseñarás el sendero de la vida.
(Sal 15,11)*

Primera lectura

Hechos de los Apóstoles 2,14.22b-33

El día de Pentecostés, Pedro, de pie con los Once, pidió atención y les dirigió la palabra: "Judíos y vecinos todos de Jerusalén, escuchad mis palabras y enteraos bien de lo que pasa. Escuchadme, israelitas: Os hablo de Jesús Nazareno, el hombre que Dios acreditó ante vosotros realizando por su medio los milagros, signos y prodigios que conocéis. Conforme al designio previsto y sancionado por Dios, os lo entregaron, y vosotros, por mano de paganos, lo matasteis en una cruz. Pero Dios lo resucitó, rompiendo las ataduras de la muerte; no era posible que la muerte lo retuviera bajo su dominio, pues David dice, refiriéndose a él: 'Tengo siempre presente al Señor, con él a mi derecha no vacilaré. Por eso se me alegra el corazón, exulta mi lengua, y mi carne descansa esperanzada. Porque no me entregarás a la muerte ni dejarás a tu fiel conocer la corrupción. Me has enseñado el sendero de la vida, me saciarás de gozo en tu presencia'. Hermanos, permitidme hablaros con franqueza: El patriarca David murió y lo enterraron, y conservamos su sepulcro hasta el día de hoy. Pero era profeta y sabía que Dios le había prometido con juramento sentar en su trono a un descendiente suyo; cuando dijo que 'no lo entregaría a la muerte y que su carne no conocería la corrupción', hablaba previendo la resurrección del Mesías. Pues bien, Dios resucitó a este Jesús y todos nosotros somos testigos. Ahora, exaltado por la diestra de Dios, ha recibido del Padre el Espíritu Santo que estaba prometido, y lo ha derramado. Esto es lo que estáis viendo y oyendo".

Segunda lectura

1 Pedro 1,17-21

Queridos hermanos y queridas hermanas: Si llamáis Padre al que juzga a cada uno, según sus obras, sin parcialidad, tomad en serio vuestro proceder en esta vida. Ya sabéis con qué os rescataron de ese proceder inútil recibido de vuestros padres: no con bienes efímeros, con oro o plata, sino a precio de la sangre de Cristo, el cordero sin defecto ni mancha, previsto antes de la creación del mundo y manifestado al final de los tiempos por nuestro bien.

Por Cristo vosotros creéis en Dios, que lo resucitó y le dio gloria, y así habéis puesto en Dios vuestra fe y vuestra esperanza.

Evangelio

Juan 21,1-14

En aquel tiempo, Jesús se apareció otra vez a los discípulos junto al lago de Tiberíades. Y se apareció de esta manera: Estaban juntos Simón Pedro, Tomás apodado el Mellizo, Natanael el de Caná de Galilea, los Zebedeos y otros dos discípulos suyos.

Simón Pedro les dice: – Me voy a pescar.

Ellos contestan: – Vamos también nosotros contigo.

Salieron y se embarcaron; y aquella noche no cogieron nada. Estaba ya amaneciendo, cuando Jesús se presentó en la orilla; pero los discípulos no sabían que era Jesús. Jesús les dice: – Muchachos, ¿tenéis pescado? Ellos contestaron: – No.

El les dice: – Echad la red a la derecha de la barca y encontraréis.

La echaron, y no tenían fuerzas para sacarla, por la multitud de peces. Y aquel discípulo que Jesús tanto quería le dice a Pedro: – Es el Señor.

Al oír que era el Señor, Simón Pedro, que estaba desnudo, se ató la túnica y se echó al agua. Los demás discípulos se acercaron en la barca, porque no distaban de tierra más que unos cien metros, remolcando la red con los peces. Al saltar a tierra, ven unas brasas con un pescado puesto encima y pan. Jesús les dice: – Traed de los peces que acabáis de coger.

Simón Pedro subió a la barca y arrastró hasta la orilla la red repleta de peces grandes: ciento cincuenta y tres. Y aunque eran tantos, no se rompió la red. Jesús les dice: – Vamos, almorzad.

Ninguno de los discípulos se atrevía a preguntarle quién era, porque sabían bien que era el Señor. Jesús se acerca, toma el pan y se lo da; y lo mismo el pescado.

Esta fue la tercera vez que Jesús se apareció a los discípulos, después de resucitar de entre los muertos.

Meditación

La escena que recoge esta pequeña sección tiene lugar en Genesaret. Un grupo de pescadores galileos, discípulos de Jesús, después del fracaso del esfuerzo nocturno en sus faenas de pesca, logran una captura extraordinaria lanzando sus redes hacia el lugar que les indicó un desconocido desde las orillas del lago. Los protagonistas de esta escena milagrosa son, aparte de Jesús, Pedro y el discípulo a quien amaba el Señor. Pedro es el que más se afana en la pesca; el otro discípulo fue quien primero reconoció en el desconocido de la orilla a Jesús.

A continuación de la pesca, aunque todavía en el contexto de la misma, nos es narrada una comida de los discípulos con el Señor resucitado. Esta comida nos es narrada de tal forma que el lector necesariamente tiene que pensar en la eucaristía. La eucaristía era celebrada en la Iglesia, en las comunidades cristianas, con la absoluta convicción de la presencia del Señor.

Aparte de esto, la escena tiene un simbolismo que, con mayor o menor acierto, se ha buscado partiendo del número de peces capturados. Si el evangelista menciona el número, debemos estar seguros que no lo hace por satisfacer una curiosidad o precisar una cantidad. Si hubiese pretendido afirmar lo extraordinario de la captura lograda hubiese recurrido a un número "redondo", que siempre es más impresionante.

Conformarse con el sentido literal de lo que leemos equivaldría a desconocer la clave en la que escribe el autor del cuarto evangelio. Pensemos, por otra parte, que la cultura en la que está enraizado el evangelio da una importancia excepcional al simbolismo de los números. ¿Cuál es el simbolismo de este número 153?

El número 153 resulta de la suma de todos los números desde el 1 al 17, de esta forma: $1+2+3+4+5...+17 = 153$. Por otra parte el 17 se compone de la suma de $10+7$ y estos dos números, cada uno de por sí, significan una totalidad perfecta. Por tanto, la cantidad indicada, 153, debe ser entendida como símbolo de la totalidad de algo. Algunos naturalistas afirmaban la existencia de 153 especies distintas de peces. Según esto, nos hallaríamos igualmente ante el número que simboliza la totalidad.

Nunca podrá haber razones decisivas que obliguen a aceptar una interpretación con exclusión de la otra. Baste afirmar que el pensamiento del evangelista va en la dirección que hemos apuntado. Otra razón debe verse en la precisión que hace el evangelista: "y con ser tantos, no se rompió la red". ¿Su intención? Tampoco podríamos decirlo con exactitud; pero si los peces deben simbolizar la totalidad de los pueblos que deben llegar a la fe, a la Iglesia, y la red no se rompe, este hecho debe simbolizar la unidad de la Iglesia. ¿Demasiado rebuscado? Prácticamente estaríamos ante el desarrollo de una metáfora originaria de Jesús: "Os haré pescadores de hombres" (Mc 1,17).